

---

---

# 8 El rostro de Cristo en la evangelización

*“Contad a los pueblos su gloria, sus  
maravillas a todas las naciones” (Sal 96,3)*

---

## Objetivo

*Descubrir que la tarea de evangelizar  
proviene de un encuentro con Cristo que me  
envía, que Él mismo es el núcleo del mensaje  
y que está en aquellos a los que soy enviado.*

## Introducción

En el evangelio de san Juan, después de la multiplicación de los panes y los peces, tiene lugar una escena que plasma de forma gráfica el contraste entre el pensamiento de Dios y el pensamiento de los hombres. Algunos de los que habían comido de los panes del milagro, buscan a Jesús y cuando lo encuentran, al otro lado del lago, le preguntan, seguramente con muy buena intención, pero desde una perspectiva sumamente activista: “Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?” Probablemente, ellos esperarían una respuesta con indicaciones claras acerca de cosas concretas que hacer y se quedarían de piedra al escuchar la respuesta del Señor que, con toda paz, les responde: “La obra que Dios quiere es esta: que creáis en el que Él ha enviado”. Y esta sigue siendo la

respuesta de Cristo cuando un creyente le pregunta: ¿qué obra tengo que hacer? La respuesta es la fe, lo primero es la fe, creer que Jesucristo es el Hijo único de Dios, enviado al mundo para salvarnos. Sobre esta base debemos construir todo nuestro apostolado. Este debe ser el origen pero también el motor de la misión, porque Dios no solo quiere que yo crea en Jesucristo, quiere que crea en Él todo el mundo a mi alrededor. Y para eso, tengo que convertirme en apóstol.

La Iglesia, desde el principio de su historia no ha dejado de obedecer el mandato del Maestro de llevar su mensaje a todos los pueblos y, sin embargo, “la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse (...) se halla todavía en sus comienzos y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio” (RMi 1). La evangelización es el empeño más firme de la Iglesia, su identidad, su alegría más profunda. Pero, ¿qué es evangelizar?

Según nos enseña Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, “evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que en su Verbo encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna”. Y añade, “para el hombre, el Creador no es un poder anónimo y lejano, es el Padre” (EN 26). Contenido esencial de la misión ha de ser el anuncio de que, en Cristo, todos hemos sido salvados, por gracia y misericordia divinas, no con una salvación puramente terrenal sino trascendente, que comienza en esta vida pero salta a la eternidad. Es imprescindible en la misión el testimonio de vida, aquella actitud del cristiano ante

la vida y sus circunstancias, que hace preguntarse a los que lo rodean, por qué se comporta así, qué o Quién le mueve a ello. Es verdad que las personas escuchamos antes a los que respaldan su pensamiento con sus acciones, que a los que se hablan mucho, siempre limitándose a dar lecciones (cf. EN 41). Son más creíbles las personas que se ponen manos a la obra. No obstante, no es menos importante el anuncio explícito, por el que damos las razones de nuestra conducta: “La evangelización también debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y la misericordia de Dios” (EN 27). No podemos contentarnos con despertar en los no creyentes cierta inquietud acerca de las motivaciones de nuestra actuación en los diferentes momentos, pues les privaríamos del verdadero motivo de nuestra esperanza, de nuestra alegría, de nuestra forma de proceder. Además, el auténtico apóstol es aquel que vive profundamente enamorado de Jesucristo y, por tanto, no puede callar aquello de lo que rebosa su corazón.

Así descrita, la misión no debe suponer una carga para el cristiano, algo así como un deber penoso aunque necesario para bienes mayores. Al contrario, se presenta como ocasión única para expresar nuestro amor al Señor y también a los hermanos, a los que a toda costa queremos hacer partícipes del Bien que se nos ha concedido. Y la alegría dará marco a nuestra actuación, esa alegría que, en palabras del papa Francisco “llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús” (EG 1). Será un momento privilegiado

de encuentro con Cristo, en varios aspectos: por un lado, porque es el mismo Señor quien nos envía y nos tranquiliza con la promesa de permanecer con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). En segundo lugar, porque lo que predico no es una idea sino su propia Persona, para ello debemos ser dóciles al Espíritu que nos conforma cada día más con Jesús: “No se puede dar testimonio de Cristo sin reflejar su imagen” (RMi 87). Por último, porque en los destinatarios de mi anuncio, Él está presente y también por ellos subió a la cruz.

Seamos dóciles al mandato del Señor y dejémonos invadir por la alegría de evangelizar, “que sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo” (EN 80).

## **Partiendo de la vida (ver)**

1. Presentar hechos de vida que muestren cómo es mi actitud a la hora de dar testimonio de mi fe: si me mueve el ansia de hacer llegar a Cristo a los demás; o si por el contrario, me escudo en cosas como el respeto mal entendido por la libertad de los otros, o me dejo

llevar por la pereza o la cobardía.

2. Puedo contar algún hecho de vida que deje ver si mi apostolado brota de un afán de extender la fe pero de forma meramente activista, con poco fundamento espiritual.

3. También podría compartir con el equipo, aquella vez en la que mi comportamiento llamó la atención de alguien, que me preguntó por mis verdaderos motivos para actuar así. ¿Tuve la valentía de dar explícita razón de mi fe, o callé o me escabullí con cualquier excusa?

4. El papa Francisco habla una y otra vez en su magisterio de la alegría de evangelizar. En mi labor evangelizadora, ¿me caracteriza la alegría de quien lleva una gran noticia a los demás, o más bien parezco cabizbajo y poco menos que obligado? Ilustrar con hechos de vida.

## **Iluminación desde la fe (juzgar)**

### *A) Sagrada Escritura*

- Cristo resucitado envía a sus discípulos a proclamar el evangelio a toda la creación (Mt 28,16-20; Hch 1,8).
- Pentecostés supone el inicio de la misión de los apóstoles (Hch 2,1-11); Pedro y Juan dan testimonio

del Señor ante el Sanedrín (Hch 4,1-20). Al diácono Esteban, su testimonio le cuesta la vida (Hch 6,8-15; 7).

- S. Pablo es elegido por el Señor para llevar su “nombre a pueblos y reyes” (Hch 9,10-16); con otros compañeros, parte a la misión por todo el mundo conocido (Hch 13,1-41); anuncia la Palabra de Dios “en todas direcciones” (Rom 15,18-21); no basa su predicación en su elocuencia sino en el poder del Espíritu (1Cor 2,1-5).

- Pedro y Juan no pueden callar lo que han vivido (Hch 4,20; 1Jn 1,1-5) y Pablo vive la misión como una necesidad (Hch 9,16-18). Timoteo visita la iglesia en Tesalónica para afianzar la fe tras un primer anuncio (1Tes 3,1-6).

### *B) Magisterio de la Iglesia*

- La misión de la Iglesia es la misma misión de Jesucristo (CEC 737-738); la evangelización es la vocación propia de la Iglesia (EN 14; AG 2. 5; LG 17); la Iglesia no puede dejar de proclamar el evangelio (RMi 11); y se convierte así en signo e instrumento de salvación (RMi 9) los laicos también son llamados a la evangelización (CEC 905-907).

- La misión nace de la fe en Jesús y del encuentro con Él (RMi 4; EG 264; DCE 1). El Espíritu es guía para la misión (RMi 25-26; EG 279-280). Cada bautizado es misionero (EG 120) y el misionero es contemplativo en acción (RMi 90-91). Virtudes que deben adornar al

evangelizador (EN 75-80). Importancia de la formación para la misión (AA 29).

- El testimonio de vida, fundamental en la misión (EN 21; AG 11.21; LG 35), debe ir acompañado del anuncio explícito (EN 22; RMi 44; EG 110; AG 13). Importancia del anuncio persona a persona (EN 46); tras el primer anuncio, hay que procurar el crecimiento de la fe (EG 160). La evangelización como cadena ininterrumpida de testimonios (LF 38); en la misión hay que velar por la integridad de la fe (LF 48-49).

- Los laicos, llamados a evangelizar (CEC 905-907; RMi 71-74; AA 2-3; LG 33); los laicos tienen el deber de evangelizar (AG 41), son necesarios para la misión (AG 21) y pueden cooperar de forma más inmediata con la jerarquía (AG 21; AA 20). Importancia del apostolado laical asociado (AA 18-20). La familia, comunidad evangelizada y evangelizadora (AA 11; FC 53-54; AL 200-202).

## **Compromiso apostólico (actuar)**

La vida del cristiano no está plena si no incluye un compromiso estable de apostolado. Es de suponer que la mayoría de nosotros ya tengamos ese compromiso, que reviste formas variadas. Sin embargo, para los más jóvenes o los que hayan podido atravesar situaciones que les impedían tomar parte activa en la misión, les proponemos tomarse un tiempo para pensar dónde podrían servir mejor a la Iglesia, siguiendo la llamada del Señor, desde sus circunstancias concretas: hacerse cargo de un grupo de niños de catequesis, o de iniciación de jóvenes o adultos; tomar parte en cursillos de

preparación al matrimonio; integrarse en el grupo de Caritas, en el de liturgia, etc.

Aparte de estos compromisos a largo plazo, que deben conformar nuestra vida cristiana, proponemos otros que pretenden depurar nuestras actitudes a la hora de evangelizar. Un buen compromiso sería recordar a las personas que me han transmitido a mí el mensaje de Cristo: padres, maestros, catequistas, sacerdotes, amigos, etc., rezar por ellos, agradecer a Dios profusamente la gracia de haberles puesto en mi camino y tratar de imitar su ejemplo con las personas a mí encomendadas.

También podemos comprometernos a acercarnos a aquel pariente o compañero que se encuentra alejado de la Iglesia y tratar, con nuestro testimonio y con nuestra palabra, de hacerle llegar la alegría y la esperanza del Evangelio.

Otro compromiso que podemos asumir es tener mayor presencia en ámbitos como el trabajo, alguna asociación de la que formemos parte, el colegio de los niños, etc., asumiendo responsabilidades que supongan dar un testimonio claramente cristiano, de palabra y de obra.

Como compromiso de grupo, proponemos salir fuera de las puertas de la parroquia a hablar del Señor con cualquier pretexto, por ejemplo, un mercadillo solidario, que nos lleve a exponer las razones de nuestro actuar.